para que se efectuase este rinconcito de Dios, que yo creo lo es, y morada en que su Majestad se deleita, como una vez estando en oración me dijo: que era esta casa paraiso de su deleite; y ansí parece ha su Majestad escogido las almas que ha traido á él, en cuya compañía yo vivo con harta confusión. Porque yo no supiera desearlas tales para este propósito de tanta estrechura y pobreza y oración; llévanlo con una alegría y contento, que cada una se halla indigna de haber merecido venir á tal lugar; en especial algunas, que las llamó el Señor de mucha vanidad y gala del mundo, adonde pudieran estar contentas conforme á sus leyes, y hales dado el Señor tan doblados los contentos aquí, que claramente conocen haberles el Señor dado ciento por uno que dejaron, y no se hartan de dar gracias á su Majestad: otras ha mudado de bien en mejor. Á las de poca edad da fortaleza y conocimiento, para que no puedan desear otra cosa, y que entiendan es vivir en mayor descanso, aun para lo de acá, estar apartadas de todas las ocasiones de la vida. Á las que son de más edad y con poca salud, da fuerzas y se las ha dado para poder llevar la aspereza y penitencia que todas» (1).

(1) Vid. c. XXXV.

CAPÍTULO XVIII.

Refiérense las visiones, revelaciones y otras mercedes sobrenaturales con que el Señor favoreció á su Sierva Teresa en los cinco años que estuvo en S. José de Ávila, antes de emprender otras fundaciones.

En los cinco años que la Santa permaneció en su amadísimo monasterio de S. José, antes que por ordenación divina saliera fuera de Ávila á fundar otras casas de Carmelitas Descalzas, fueron muchas y muy singulares las mercedes que el Señor le hizo, enderezadas á labrar el instrumento de sus grandezas. Á profundísima humildad, y perfecto desasimiento de todo lo criado, había de añadir Teresa confianza ilimitada, y constancia y fuerza de voluntad bastante para llevar la pesadísima cruz de los trabajos que aun le aguardaban. Con el auxilio de las revelaciones y visiones fué tal la perfección que alcanzó en cuanto al desasimiento, no ya digo de cosas terrenas, sino hasta de los afectos que parecen más puros, y en manera alguna reñidos con la virtud, que no lo pudié-

ramos creer, si ella misma no lo testificara. Lo mismo habemos de decir del celo por la honra y gloria de Dios y salvación de las almas; porque cuanto más el Señor le daba á conocer sus secretos, más se acrecentaba el amor y reconocimiento, y mayor era la pena que sentía al ver á las almas pecadoras, privadas de tanta dicha.

«Hase de notar, dice la Santa, que en cada merced que el Señor me hacía de visión ú revelación, quedaba mi alma con alguna gran ganancia, y con algunas visiones quedaba con muy muchas. De ver á Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura, y la tengo hoy día; porque para esto bastaba sola una vez, cuanti más tantas como el Señor me hace esta merced. Quedé con un provecho grandísimo, y fué éste: tenía una grandísima falta, de donde me vinieron grandes daños, y era ésta; que como comenzaba á entender que una persona me tenía voluntad, y si me caía en gracia, me aficionaba tanto, que me ataba en gran manera la memoria á pensar en él, aunque no era con intención de ofender á Dios; mas holgábame de verle, y de pensar en él, y en las cosas buenas que le veía. Era cosa tan dañosa, que me traía el alma perdida. Después que ví la gran hermosura del Señor; no vía á nadie, que en su comparación me pareciese bien, ni me ocupase; que con poner un poco los ojos de la consideración en la imagen, que tengo en mi alma, he quedado con tanta libertad en esto, que después acá todo lo que veo me parece hace asco en comparación de las excelencias y gracias, que en este Señor vía; ni hay saber, ni manera de regalo, que yo estime en nada, en comparación al que es oir sola una palabra dicha de aquella divina boca, cuanti más tantas. Y tengo yo por imposible, si el Señor por mis pecados no permite se me quite esta memoria, podérmela nadie ocupar; de suerte que con

un poquito de tornarme á acordar de este Señor, no quede libre» (1).

Con la vista de este Señor, con quien la Santa tenía trato tan amistoso, aumentóse el amor y confianza. «Vía, dice, que aunque era Dios, que era hombre, que no se espanta de las flaquezas de los hombres, que entiende nuestra miserable compostura, sujeta á muchas caidas, por el primer pecado que Él había venido á reparar. Puedo tratar como con amigo, aunque es Señor, porque entiendo no es como los que acá tenemos por señores, que todo el señorío ponen en autoridades postizas... ¡Oh Señor mío! ¡Oh Rey mío! ¿Quién supiera ahora representar la majestad que teneis? Es imposible dejar de ver que sois grande Emperador en Vos mesmo, que espanta mirar esta majestad; más, más espanta, Señor mío, mirar con ella vuestra humildad, y el amor que mostráis á una como yo. En todo se puede tratar y hablar con Vos como quisiéremos, perdido el primer espanto y temor de vuestra majestad, con quedar mayor para no ofenderos, mas no por miedo del castigo, Señor mío, porque éste no se tiene en nada en comparación de no perderos á Vos» (2).

Pues vengamos ahora á las visiones con que su Majestad la regalaba, y de donde tanto provecho sacaba su alma.

Estando una noche tan mala que quisiera excusarse de tener oración mental, por no cargar la cabeza, tomó el rosario para rezarle. No bien le hubo comenzado, cuando le vino un arrobamiento con ímpetu tan recio, que no le pudo resistir. Parecióle estar metida en el cielo, y las primeras personas que allí vió fueron á su

(1) Vid. c. XXXVII.
(2) Vid. c. XXXVII.

padre y madre; y tan grandes cosas en el corto espacio de un *Ave María*, que quedó fuera de sí. Otra vez en que le había estado mostrando el Señor grandes cosas, le dijo: *Mira, hija, que pierden los que son contra mí, no dejes de decírselo.*

«Pues no son tan grandes las mercedes dichas, á mi parecer, dice la Santa, como esta que ahora diré, por muchas causas y grandes bienes que de ella me quedaron, y gran fortaleza en el alma, aunque mirada cada cosa por sí es tan grande, que no hay qué comparar. Estaba un día, víspera del Espíritu Santo después de misa: fuíme á una parte bien apartada, adonde yo rezaba muchas veces, y comencé á leer en un Cartujano esta fiesta; y leyendo las señales que han de tener los que comienzan, y aprovechan, y los perfectos, para entender está con ellos el Espíritu Santo; leidos estos tres estados, parecióme por la bondad de Dios que no dejaba de estar conmigo, á lo que yo podía entender. Estándole alabando, y acordándome de otra vez que lo había leído, que estaba bien falta de todo aquello, que lo vía yo muy bien ansí, como ahora entendía lo contrario de mí, y ansí conocí era merced grande lo que el Señor me había hecho; y ansí comencé á considerar el lugar que tenía en el infierno merecido por mis pecados, y daba muchos loores á Dios, porque no me parecía conocía mi alma, según la vía trocada. Estando en esta consideración, dióme un ímpetu grande, sin entender yo la ocasión: parecía que el alma se me quería salir del cuerpo, porque no cabía en ella, ni se hallaba capaz de esperar tanto bien. Era ímpetu tan excesivo, que no me podía valer, y á mi parecer diferente de otras veces, ni entendía que había el alma, ni qué quería, que tan alterada estaba. Arriméme, que aun sentada no podía estar, porque la fuerza natural me faltaba toda. Estando en esto, veo sobre mi cabeza una paloma, bien diferente de las de acá, porque no tenía estas plumas, sino las alas de unas conchicas, que echaban de sí gran resplandor. Era grande más que paloma: paréceme que oía el ruido que hacía con las alas. Estaría aleando espacio de un *Ave María*. Ya el alma estaba de tal suerte, que perdiéndose á sí de sí, la perdió de vista. Sosegóse el espíritu con tan buen huésped, que según mi parecer, la merced tan maravillosa le debía de desasosegar y espantar, y como comenzó á gozarla, quitósele el miedo, y comenzó la quietud con el gozo, quedando en arrobamiento. Fué grandísima la gloria de este arrobamiento: quedé lo más de la pascua tan embobada y tonta, que no sabía que me hacer, ni cómo cabía en mí tan gran favor y merced. No oía ni veía, á manera de decir, con gran gozo interior. Desde aquel día entendí quedar con grandísimo aprovechamiento en más subido amor de Dios, y las virtudes muy más fortalecidas. Sea bendito y alabado por siempre amen» (1).

Para que se vea como agradeció el Señor los buenos servicios del P. Fr. Pedro Ibáñez y el P. Gaspar de Salazar, prestados á la Santa en el negocio de la fundación, pondré aquí lo que la misma nos cuenta con referencia á dichos religiosos.

«Otra vez, dice, ví la misma paloma sobre la cabeza de un padre de la Orden de Santo Domingo (salvo que me parecía los rayos y resplandores de las mesmas alas, que se estendían mucho más) dióseme á entender había de traer almas á Dios.

Otra vez ví estar á nuestra Señora poniendo una capa muy blanca al presentado de esta misma Orden, de quien he tratado algunas veces. Díjome, que por el servicio que le había hecho en ayudar á que se hiciese

(1) Vid. c. XXXVIII.

esta casa, le daba aquel manto, en señal que guardaría su alma en limpieza de ahí adelante, y que no caería en pecado mortal.....

Del Rector de la Compañía de Jesús, que algunas veces he hecho de él mención, he visto algunas cosas de grandes mercedes, que el Señor le hacía, que por no alargar, no las pongo aquí. Acaecióle una vez un gran trabajo, en que fué muy perseguido, y se vió muy afligido. Estando yo un día oyendo misa, ví á Cristo en la cruz, cuando alzaba la hostia; díjome algunas palabras que le dijese de consuelo, y otras, previniéndole de lo que estaba por venir, y poniéndole delante lo que había padecido por él, y que se aparejase para sufrir. Dióle esto mucho consuelo y ánimo, y todo ha pasado después como el Señor me lo dijo.

De los de la Orden de este padre, que es la Compañía de Jesús, de toda la Orden junta he visto grandes cosas. Vílos en el cielo con banderas blancas en las manos algunas veces; y como digo otras cosas he visto de ellos de mucha admiración, y ansí tengo esta Orden en gran veneración, porque los he tratado mucho, y veo conforma su vida con lo que el Señor me ha dado de ellos á entender» (1).

Estando una vez en oración con mucho recogimiento, suavidad y quietud, parecíame estar rodeada de ángeles, y muy cerca de Dios; comencé á suplicar á su Majestad por la Iglesia. Dióseme á entender el gran provecho que había de hacer una Orden en los tiempos postreros, y con la fortaleza que los de ella han de sustentar la fe.

Estando una vez rezando cerca del Santísimo Sacramento, aparecióme un santo cuya Orden ha estado algo caida: tenía en las manos un libro grande, abrióle

(1) Vid. c. XXXVIII.

y díjome que leyese una letras que eran grandes, y muy legibles, y decían ansí: *En los tiempos advenideros florecerá esta Orden, habrá muchos mártires.* Otra vez estando en maitines en el coro, se me representaron y pusieron delante seis ú siete, me parece serían de esta mesma Orden, con espadas en las manos. Pienso que se da en esto á entender han de defender la fe; porque otra vez estando en oración, se arrebató mi espíritu; parecióme estar en un gran campo adonde se combatían muchos, y estos de esta Orden peleaban con gran hervor. Tenían los rostros hermosos y muy encendidos, y echaban muchos en el suelo vencidos, otros mataban; parecíame esta batalla contra los herejes» (1).

En cierta ocasión, después de revolver la Santa en la memoria las faltas de su vida pasada, á vuelta de muchas lágrimas de confusión y penitencia, fué arrebatado su espíritu de suerte, que pareció quedar fuera del cuerpo. Vió á la Humanidad Sacratísima con más excesiva gloria, que jamás la había visto. Representósele por una noticia admirable y clara, estar metido en los pechos del Padre, aunque sin poder decir cómo. Quedó tan espantada, que pasaron algunos días sin tornar en sí, pareciéndole traer siempre presente aquella majestad del Hijo de Dios.

«Esta mesma visión, dice la Santa, he visto otras tres veces: es á mi parecer la más subida visión que el Señor me ha hecho merced que vea, y trae consigo grandísimos provechos. Parece que purifica el alma en gran manera, y quita la fuerza casi del todo á esta nuestra sensualidad. Es una llama grande que parece que abrasa, y aniquila todos los deseos de la vida» (2).

En otra visión dióle el Señor noticia de cómo Él es

(1) Vid. c. XL.
(2) Vid. c. XXXIX.

la suma verdad; y quedó con conocimiento más profundo de ella, que tras sutilísimas investigaciones lo han podido alcanzar los filósofos más consumados.

«Estando, dice nuestra Santa, una vez en oración, era tanto el deleite que en mí sentía, que como indigna de tal bien, comencé á pensar en cómo merecía mejor estar en el lugar, que yo había visto estar para mí en el infierno, que, como he dicho, nunca olvido de la manera que allí me ví. Comenzóse con esta consideración á inflamar más mi alma, y vínome un arrobamiento de espíritu, de suerte que yo no lo se decir. Parecióme estar metido, y lleno de aquella majestad, que he entendido otras veces. En esta Majestad se me dió á entender una verdad, que es cumplimiento de todas las verdades: no sé yo decir cómo, porque no ví nada. Dijéronme, sin ver quien, mas bien entendí ser la misma verdad: *No es poco esto que hago por tí, que una de las cosas es en que mucho me debes, porque todo el daño que viene al mundo, es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad: no faltará una tilde de ella.* Á mí me pareció, que siempre yo había creido esto, y que todos los fieles lo creían. Díjome: *¡Ay hija, que pocos me aman con verdad, que si me amasen, no les encubriría yo mis secretos! ¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable á mí: con claridad verás esto, que ahora no entiendes, en lo que aprovecha á tu alma.....* Díjome aquí el Señor una particular palabra de grandísimo favor. Yo no sé cómo esto fué, porque no ví nada, mas quedé de una suerte, que tampoco sé decir, con grandísima fortaleza, y muy de veras para cumplir con todas mis fuerzas la más pequeña parte de la Escritura divina. Paréceme que ninguna cosa se me pondría delante, que no pasase por esto.

Quedóme una verdad de esta divina verdad, que se

me representó sin saber cómo, ni qué esculpida, que me hace tener un nuevo acatamiento á Dios, porque da noticia de su Majestad y poder, de una manera, que no se puede decir: sé entender que es una gran cosa... Todo lo que he dicho entendí hablándome algunas veces, y otras sin hablarme, con más claridad algunas cosas, que las que por palabras se me decían. Entendí grandísimas verdades sobre esta verdad, más que si muchos letrados me lo hubieran enseñado. Paréceme que en ninguna manera me pudieran imprimir ansi, ni tan claramente se me diera á entender la vanidad de este mundo. Esta verdad que digo se me dió á entender, es en sí mesma verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta verdad como todos los demás amores de este amor, y todas las demás grandezas de esta grandeza, aunque esto va dicho oscuro para la claridad con que á mí el Señor quiso se me diese á entender» (1).

Recitando en cierta ocasión el oficio divino, de presto se recogió su espíritu y parecióle ser el alma como un espejo claro en cuyo centro se le representó Cristo nuestro Señor. Dicho espejo se esculpía en el mismo Señor por una comunicación amorosa, que no es posible decir. Diósele á entender, que estar un alma en pecado mortal, es cubrirse el dicho espejo de gran niebla, y quedar muy negro, de suerte que no se puede ver ni representar su Majestad, aunque allí está dando el ser; y que en los herejes es como si el espejo estuviese quebrado, peor aun que oscurecido.

Hace notar la Santa que es muy provechosa esta visión para personas de recogimiento, pues por medio de ella se aprende á considerar al Señor en lo muy interior del alma, y que no es menester busque el espíri-

(1) Vid. c. XL.

tu á Dios fuera de sí, porque más presto, y con noticia más clara le hallará en el centro del alma. Verdad que ya había enseñado mi P. S. Agustín cuando dijo, que Dios está más interiormente en los corazones, que nuestros mismos corazones.

Estando otra vez en oración se le representó con toda claridad cómo se ven en Dios todas las cosas, y como las encierra todas en Sí. Entendió asimismo con cuanta razón se merece el infierno por un solo pecado mortal, pues no se puede encarecer bastante la gravísima injuria que con él se hace á la Majestad infinita.

«Llegando una vez á comulgar, escribe nuestra Madre, ví dos demonios con los ojos del alma, más claro que con los del cuerpo, con muy abominable figura. Paréceme que los cuernos rodeaban la garganta del pobre sacerdote; y ví á mi Señor, con la majestad que tengo dicha, puesto en aquellas manos en la forma que me iba á dar, que se veía claro ser ofendedoras suyas, y entendí estar aquel alma en pecado mortal. ¿Qué sería, Señor mío, ver esta vuestra hermosura entre figuras tan abominables? Estaban ellos como amedrentados y espantados delante de Vos; que de buena gana parece que huyeran, si vos los dejáredes ir. Dióme tan gran turbación, que no sé cómo pude comulgar, y quedé con gran temor, pareciéndome que si fuera visión de Dios, que no permitiera su Majestad viera yo el mal que estaba en aquel alma. Díjome el mesmo Señor, que rogase por él, y que lo había permitido, para que entendiese yo la fuerza que tienen las palabras de la consagración, y cómo no deja Dios de estar allí por malo que sea el sacerdote que las dice, y para que viese su grande bondad, como se pone en aquellas manos de su enemigo, y todo para bien mío y de todos. Entendí bien, cuán más obligados están los sacerdotes á ser buenos que otros, y cuán

recia cosa es tomar este Santísimo Sacramento indignamente, y cuán señor es el demonio de el alma que está en pecado mortal. Harto gran provecho me hizo, y harto conocimiento me puso de lo que debía á Dios: sea bendito por siempre jamás.

Otra vez me acaeció ansí otra cosa que me espantó muy mucho. Estaba en una parte, adonde se murió cierta persona, que había vivido harto mal, según supe, y muchos años; mas había dos que tenía enfermedad, y en algunas cosas parece que estaba con enmienda. Murió sin confesión, mas con todo eso no me parecía á mí que se había de condenar. Estando amortajando el cuerpo, ví muchos demonios tomar aquel cuerpo, y parecía que jugaban con él, y hacían también justicias en él, que á mi me puso gran pavor, que con garfios grandes le traían de uno en otro. Como le ví llevar á enterrar con la honra y ceremonias que á todos, yo estaba pensando la bondad de Dios, como no quería fuese infamada aquel alma, sino que fuese encubierto ser su enemiga. Estaba yo medio boba de lo que había visto; en todo el oficio no ví más demonio; después cuando echaron el cuerpo en la sepultura, era tanta la multitud que estaban dentro para tomarle, que yo estaba fuera de mí de verlo, y no era menester poco ánimo para disimularlo. Consideraba qué harían de aquél alma, cuando así se enseñoreaban del triste cuerpo. Pluguiera al Señor que esto que yo ví (cosa tan espantosa) vieran todos los que están en mal estado, que me parece fuera gran cosa para hacerlos vivir bien» (1).

En verdad que serviría de provechosa lección á los pecadores el que viesen estos al ojo la desdicha que se fabrican con su mal vivir; mas por justísimas y

(1) Vid. c. XXXVIII.

sapientísimas causas no lo permite el Señor. Ya tenemos la fe y Sagradas Escrituras que nos enseñan, si bien se las considera, cosas no menos terribles. Tal es la razón que dió Dios al rico avariento del Evangelio cuando éste suplicaba le dejara volver al mundo para decir á sus hermanos enmendaran su vida, sino querían verse condenados como él á tormentos sempiternos.

De muchas almas supo la madre Teresa se hallaban en camino de salvación, y es de notar que de todas ellas, solas tres habían dejado de pasar por el purgatorio, no obstante haber llevado algunas vida muy ejemplar. Por donde se ve que allá en la otra vida se hila muy delgado, y solo los muy purificados con el amor de Dios y los trabajos, conseguirán librarse de las penas del purgatorio.

Concluiremos cerrando libro y capítulo con estas palabras de la Santa: «En esto de sacar nuestro Señor almas de pecados graves, por suplicárselo yo, y otras traídolas á más perfección, es muchas veces; y de sacar almas del purgatorio, y otras cosas señaladas, son tantas las mercedes que en esto el Señor me ha hecho, que sería cansarme, y cansar á quien lo leyese, si las hubiese de decir, y mucho más en salud de alma que de cuerpo» (1).

(1) Vid. c. XXXIX.

LIBRO SEGUNDO.

Es el Señor celoso de su honra, y nunca consiente que otro alguno se levante con la gloria de sus obras. Por esto escoge muchas veces los instrumentos de suyo más débiles para llevar á cabo las obras más grandiosas; y se vea claro ser Dios el autor de ellas, y la ignorancia y malicia de los hombres no encuentre motivo para hacerlas propias. Si la conversión de las gentes á la religión cristiana se hubiera conseguido poniendo en juego la influencia de reyes poderosos, y de famosos sabios de la tierra, podríase dudar de su origen divino; mas al verla realizada mediante la predicación y ejemplo de doce pobres hombres, sin prestigio ni caudales, sin armas y sin letras, ¿quién, que no sea un mentecato, podrá poner en duda que el cambio radical de costumbres y creencias efectuado en el gentilismo, fué debido á la divina omnipotencia? ¿Pues quién se podrá persuadir á que una olvidada